El comendador de Lares acababa de ejercer un acto de crueldad en la provincia de Jaragua, donde gobernaba pacíficamente Anacaona por muerte de su hermano Bohechio, el mismo que hizo en otro tiempo á Don Bartolomé Colon tan brillante como cumplido recibimiento, jurando fiel obediencia á los reyes de Castilla. Muchos compañeros del criminal Roldan se habian esparcido por esta provincia, la mas ilustrada de toda la isla, y se hacian por sus excesos intolerables á los principales señores de ella; por cuyo motivo los ultrajados indígenas se vieron en la necesidad de usar con ellos de algunos medios hostiles, que fueron malamente interpretados como síntomas de insurreccion. So pretexto de visitar la provincia, el gobernador se introdujo en ella con trescientos infantes y setenta caballos. La reina Anacaona y muchos principales señores, salieron á recibirle con las mayores muestras de regocijo, y lo obsequiaron á porfia con sus bailes y diversiones públicas; pero los de la pandilla de Roldan, que no veian la hora de poner en práctica sus venganzas, hicieron creer al comendador que los indígenas tenian el proyecto de sublevarse contra él; y éste contra el sagrado de la hospitalidad, en medio del espectáculo de una fiesta pública, mandó ahorcar inhumanamente á la reina Anacaona, despues de haber hecho incendiar la casa donde se hallaban los principales señores de la provincia, que fueron inocentes víctimas de tan injusta como bárbara determinacion. Este hecho no solo causó grande alarma en toda la provincia, sino que llenó tambien de indignacion el ánimo de Isabel la Católica, por mas que procuró justificarse Nicolás de Ovando; y cuando supo este horrible hecho Don Alvaro de Portugal, primo de la reina, presidente del real consejo de justicia y persona notable en la córte de Castilla por su integridad, se le escaparon las siguientes palabras: *Yo vos le haré tomar una residencia, cual nunca fué tomada.*

He aquí el motivo porque se hallaba en la provincia de Jaragua el comendador Ovando, cuando desembarcaron en la Española los enviados del almirante, á quien la suerte reservaba todavía grandes y penosos trabajos. Hasta fines de año tuvo que lidiar, en medio de continuadas dolencias, con el caprichoso y altanero carácter de algunos compañeros de viage, que no considerando el crítico estado de su aislada situacion, lo importunaban á cada instante con exigencias de difícil cumplimiento. Mucha parte de la tripulacion, acaudillada por un tal Francisco de Porras, capitan de uno de los buques, levantó el 2 de Enero de 1504 el estandarte de la revuelta civil. De nada sirvieron las blandas y persuasivas palabras, con que el almirante procuró reducirlos á la obediencia; pues no haciendo caso de su triste estado de postracion, lo trataron con insolente desacato y luego se embarcaron en diez canoas de la isla, que acababan de ser rescatadas para el servicio de los buques. Los enfermos, que se creian ya desamparados de todo auxilio, recibieron consoladoras esperanzas del almirante y su hermano; porque éstos confiaban todavía en los próximos socorros del gobernador de la Española.

Los rebeldes navegaron con direccion á la punta oriental de la isla, haciendo á los indígenas de la costa cuanto daño podian, y animándolos para que asesinasen á el almirante y á su hermano: luego que llegaron con mil trabajos al extremo de la isla, emprendieron el viage á Santo Domingo con el auxilio de algunos remeros indígenas; pero á las cuatro leguas comenzaron á enfurecerse las olas de la mar, y los navegantes se vieron obligados á regresar al punto de donde habian partido: en el camino, á fin de aligerar las sobrecargadas canoas, asesinaron vilmente á todos los indígenas y los arrojaron á lo profundo del Oceano. Por mucho tiempo se entretuvieron en formar proyectos para salir de su situacion; permanecieron mes y medio en una poblacion, donde cometian de contínuo actos de atrocidad; intentaron tres veces el paso hasta la Española, y otras tantas fueron sorprendidos por los violentos huracanes; hasta que por último determinaron, cuando no les quedaba siquiera un átomo de esperanza, adoptar una vida de bandoleros en medio de los infelices isleños.

Mientras tanto el almirante asistia á los enfermos con prolijo cuidado y eficacia, porque deseaba conservarlos á toda costa en la obediencia: tambien procuraba alhagar el ánimo de los naturales; pues aunque hasta entonces le habian provisto de abundantes mantenimientos, ya empezaba á introducirse entre ellos cierta especie de flojedad y aburrimiento. Un fenómeno ordinario de astronomía, previsto científicamente por el almirante, le sirvió de motivo para hacerse de gran crédito entre los indígenas. No cabiéndole duda acerca de que debia verificarse una eclipse de Luna, convocó con la anticipacion de un dia á muchos caciques y personas principales, y les dijo: „Que ellos eran cristianos, vasallos y criados de Dios, „que moraba en el cielo, que era señor y hacedor de todas las co„sas, y que á los buenos hacia bien y á los malos castigaba: el cual, „visto que aquellos de su nacion se habian alzado, no habia que„rido ayudarles para que pasasen á la Española, como pasaron los „que él habia enviado, antes habian padecido grandes peligros y „pérdidas de sus cosas; y que así mismo estaba Dios muy enojado „contra la gente de aquella isla, porque se habian descuidado en „acudirles con mantenimientos, por sus rescates; y que con este „enojo que de ellos tenia, determinaba de castigarlos, enviándole „grande hambre y otros daños; y porque por ventura no darian cré„dito á sus palabras, queria Dios que viesen señal cierta de su cas„tigo en el cielo, y que aquella noche le verian, que estuviesen so„bre aviso al salir de la Luna, y la verian enojada y de color de „sangre, significando el mal que sobre ellos queria Dios enviar (1)."

(1) Herrera, cap. VI, lib. VI. dec. I

En efecto, tan pronto como apareció en el horizonte aquel planeta, empezó á verificarse el fenómeno de la eclipse; y á su espectáculo se llenaron de miedo y horror los sencillos isleños, que desde luego acudieron con abundancia de mantenimientos á los buques del almirante, y hechos un mar de lágrimas le suplicaron, que intercediese en favor de ellos ante el Dios de los cristianos. El almirante fingió hacerlo en el silencio de su camarote; y cuando consideró que era llegado el instante de terminar el fenómeno celeste, les manifestó que aplacada por sus ruegos la ira de Dios, ya no tendrian efecto los castigos que les tenia preparados. La luna volvió á tomar su ordinaria brillantez, y desde esa noche fué considerado el almirante como un ser sobrenatural.

Ya habian trascurrido ocho meses desde la partida de los dos enviados á la Española, y no se habia tenido la menor noticia del buen ó mal suceso de su peligrosa navegacion. Los pocos castellanos que habian permanecido fieles á su almirante, acaudillados por el maestre Bernal Boticario, formaban á la sazon el proyecto de conjurarse como lo habian hecho los otros: pero la inesperada llegada de un buque de la Española desconcertó sus estraviados pensamientos. Nicolás de Ovando consideró conveniente enviar ese buque á las costas de Jamaica, no para prestar auxilio á el almirante, sino para cerciorarse del estado que guardaba: de suerte que cuando el capitan vió por sus mismos ojos la triste situacion de los castellanos, partió en seguida á anunciar al comendador la verdad de los hechos. La llegada de este buque destruyó la segunda conjuracion; porque todos esperaron entonces con confianza los próximos auxilios de la Española, supuesto que habian arribado á ella felizmente los dos comisionados.

El almirante, cuyo compasivo corazon lo arrastró muchas veces á actos de debilidad, no consideró justo dejar á los amotinados en completo aislamiento, dado caso que llegara á verificarse su viage á Santo Domingo. En consecuencia, no solo envió dos embajadores para noticiarles las promesas del gobernador Ovando; sino que tambien les protestó el olvido de los pasados acontecimientos, si abandonaban las armas y se sometian á la obediencia. Los rebeldes oyeron con insolente menosprecio este oportuno aviso; y aun formaron el proyecto de prender á el almirante y apoderarse de las cosas de sus buques. Francisco de Porras, despues de haber arengado á sus compañeros con mentirosas palabras, se situó á un cuarto de legua de la playa para poner en obra sus hostiles intenciones. Habiéndose acercado Don Bartolomé al campo enemigo para tratar de paz, se vieron atacados él y sus cincuenta hombres por los obstinados rebeldes; pero la victoria coronó la causa de la justicia, concediendo completa reparacion á la ofendida autoridad del almirante. Francisco de Porras y algunos de sus camaradas fueron hechos prisioneros, y la mayor parte de ellos quedaron tendidos en el campo de batalla. El Adelantado sufrió una pérdida de poca consideracion. Este hecho de armas, el primero que hubo entre castellanos en el Nuevo Mundo, dió término á los escandalosos desórdenes de la guerra civil; pues aquellos que debieron su salvacion á la fuga, no tardaron en someterse á la obediencia del almirante.

A los pocos dias llegó el buque contratado en la Española por los enviados de Colon. El desgraciado marino habia pasado un año completo en las costas de Jamaica, no sin dolerse de la criminal indiferencia del gobernador de Santo Domingo, que lo expuso á que fuese víctima de los rigores de la suerte en las playas de un pais salvage. Al fin salió de esta especie de cautiverio y llegó en Agosto á Puerto Santo, donde el comendador Ovando le recibió con muestras de aprecio y deferencia; pero en sus hechos posteriores le infirió agravios de alguna consideracion. Uno de ellos fué poner en libertad al criminal Francisco de Porras.

La colonizacion de la Española daba cada dia notables señales de su progreso; pues Nicolás de Ovando que ejercia su autoridad de un modo absoluto, tomaba el mayor empeño en formar poblaciones cristianas por todas las provincias. En la costa del sur se habia poblado la villa de Yáquimo; á treinta leguas de Jaragua, la de San Juan de la Maguana; á veinticuatro leguas de Santo Domingo, la de Azúa; y en la provincia de Guahabá, las de Puerto Real y Lares. Diego Velazquez, cuyo nombre se hizo despues tan conocido en Cuba, fué nombrado teniente gobernador de estas cinco poblaciones. La provincia de Higuey, la mas oriental de la isla, habia permanecido mucho tiempo sosegada; pero la vida licenciosa de los soldados de una fortaleza, que habia mandado construir en ella el comendador Ovando, despertó entre los indígenas el espíritu de rebelion para recobrar su independencia; de suerte que en una noche quemaron la fortaleza y mataron á todos los soldados. Cuando esta fatal noticia llegó á oidos del gobernador, mandó al capitan Juan de Esquibel con cuatrocientos hombres á someterlos. Los castellanos recorrieron victoriosos toda la provincia, no porque los indígenas dejasen de oponerles alguna resistencia, sino porque sus armas y conocimientos en la guerra eran superiores. Los indígenas procuraron burlarse muchas veces de la arrogancia de sus enemigos, y hubo uno que se atrevió á desafiar en singular combate á un valiente y robusto soldado español. El estado de guerra habria durado algun tiempo en esta provincia, cuyos habitantes se habian encerrado en la espesura de los montes, si no se hubiera conseguido la aprehension del cacique Cotubanamá, quien fué conducido con las manos amarradas á un lugar despoblado, donde se le exijió la confesion del asesinato cometido en los soldados españoles. Tan pronto como llegó al puerto de Santo Domingo, Nicolás de Ovando lo mandó ahorcar y perdonó á sus cóm-

plices en la insurreccion. Pacificada de tal modo esta provincia, se fundaron en ella las villas de Salvaleon y Santa Cruz de Acayazagua.

Estos acontecimientos precedieron al arribo del almirante en la Española. La consideracion de que su autoridad, acreditada con reales provisiones, era desconocida por el gobierno de Nicolás de Ovando, le hizo abreviar los dias de su permanencia en la isla. En el mes de Septiembre salió del puerto de Santo Domingo para Castilla, y su navegacion fué tan borrascosa como las anteriores.

Muerte de Cristóbal Colon (1506). Cuando el genio siente por mucho tiempo en la carrera de su vida el peso de la desgracia, no es posible que su naturaleza resista á la continua y viva sucesion de ella, aunque el espíritu se esfuerce por dar extraordinario ejemplo de longanimidad. Para Cristóbal Colon se habia tejido una cadena de fatales infortunios: por todas partes menosprecios, donde quiera la cruel odiosidad de los émulos de su gloria, y á cada paso experimentaba en sus descubrimientos los rigores de la contraria suerte. Apenas puso los piés en el suelo de la península española, cuando supo con sentimiento la muerte de Isabel la Católica, acaecida en noviembre de 1504. Esta pérdida abrió ancho campo al ambicioso espíritu de sus enemigos; porque esta reina, á pesar de la continuada oposicion de su augusto marido, siempre procuró defender y proteger los servicios de su almirante. Su presencia y la de su hermano en la córte de Castilla, no arrancaron del ánimo del rey señal alguna de gratitud, ninguna de esas gratas demostraciones que demandaban los trabajos y peligros de su última expedicion: en vano reclamó de S. M. el cumplimiento de las mercedes que le habia prometido, cuando se atrevió á surcar por segunda vez los desconocidos mares del occidente europeo: en vano le reclamó la observancia de los privilegios concedidos á su autoridad, privilegios de que se veia despojado sin prévia formacion de causa: en vano manifestó al rey que tomase para sí los mencionados privilegios, con tal que le diese alguna cosa para concluir su vida en el silencio de la oscuridad: en vano pidió para su hijo Don Diego el gobierno de las Indias bajo el consejo de personas nombradas por el mismo rey. A todo le respondia S. M. con palabras satisfactorias; pero se habia propuesto aburrir con dilaciones el ánimo de Colon, cuyas enfermedades tomaban cada dia un aspecto de gravedad demasiado sério. De tal modo pasó todo el año de 1505.

Los reyes Don Felipe y Doña Juana, llamados á ocupar el trono de Castilla por muerte de la reina Isabel, salieron de Flándes y llegaron á Laredo á principios del siguiente año. Don Bartolomé aprovechó esta ocasion para poner en sus manos una carta del almirante, donde éste les representaba sus pasados servicios y actuales necesidades. Los reyes la recibieron con muestras de satisfaccion, y le prometieron hacer cumplida justicia en los negocios

de su hermano. Mientras que el Adelantado llenaba los deberes de su mision, la muerte sorprendió á el almirante en Valladolid á 20 del mes de Mayo, á los sesenta y nueve años de edad, habiendo dejado por heredero universal á su hijo Don Diego. Sus restos se enterraron primero en las Cuevas de Sevilla, luego fueron trasportados á la ciudad de Santo Domingo, y hoy descansan en el templo mayor de la capital de la isla de Cuba.

El almirante Cristóbal Colon, modelo de virtudes religiosas y civiles, no careció de aquellas prendas que constituyen á los grandes hombres. Era moderado, gracioso, festivo y elocuente sin afectacion; se atraia por su discreta conversacion las simpatías de las personas que lo trataban por primera vez; empleaba en ciertos casos la gravedad de su lenguage, que formaba muy buen contraste con el venerable aspecto de su fisonomía; y reunia tambien algunos conocimientos poco comunes en la astronomía y otras ciencias. Era alto de cuerpo, de luengo rostro, nariz águileña, ojos garzos y cútis encendido: en los primeros años de su mocedad tenia los cabellos rubios; pero sus fatigas y trabajos los encanecieron en muy poco tiempo. Desde que concibió el proyecto de descubrir nuevas tierras en los mares de Occidente, pasó muy pocos dias de completo gusto y satisfactoria felicidad; pues no bien hubo revelado al antiguo mundo los secretos del Oceano, cuando muchos émulos de su gloria procuraron oscurecerla con ruines y odiosas imposturas. Consecuente á la nobleza y lealtad de sus sentimientos, sirvió con bastante fidelidad á los monarcas que habian favorecido su atrevida empresa, á pesar de haber cargado en sus piés las vergonzosas cadenas del hombre criminal, y sin embargo de haber visto desconocida su autoridad hasta el menosprecio, en los mismos lugares que resonaban todavia con la gloria de su ilustre nombre. La magnanimidad de su espíritu lo hacia siempre superior á los agravios que le inferian, de suerte que perdonaba á cada paso generosamente á sus mas declarados enemigos. Cristóbal Colon ha llenado con su gloria el antiguo y el nuevo mundo. Las poblaciones de América, convertidas de la idolatría é ignorancia al cristianismo y civilizacion, tributan á su memoria justo y debido homenage. La ingratitud de sus contemporáneos, no menos que los agravios que se le infirieron, han sido considerados y se consideran por las presentes generaciones bajo su verdadero punto de vista. Los ignominiosos grillos que el visitador Bobadilla mandó ponerle en la isla de Santo Domingo, fueron depositados en la misma caja donde se guardaron sus restos mortales. La España no supo apreciar todo el mérito de este grande hombre.

Expedicion de Juan Diaz de Solis y Vicente Yañez Pinzon: expedicion de Sebastian de Ocampo á Cuba: viage de Juan Ponce de Leon á Puerto-Rico: pretensiones de Don Diego Colon (1508). Sin embargo de que el trono de Castilla habia sido ocupa-

do en 1508 por Don Felipe y Doña Juana, la temprana muerte de aquel y las enfermedades de ésta, pusieron la direccion de los negocios en manos de ávidos cortesanos que procuraron sacar de la Española extraordinario aprovechamiento. Cuando el rey Don Fernando volvió de Nápoles en 1507, deseoso de revivir el pasado entusiasmo por los negocios de las Indias, proveyó lo conveniente al buen gobierno espiritual y civil de la Española, como tambien cuanto pudiera acrecentar el espíritu de nuevos descubrimientos. Se erigieron dos obispados en aquella isla: uno en la villa de la Concepcion y otro en la de Santo Domingo.

El comendador Ovando habia procurado conservar el órden y sosiego público en toda la isla, cuya poblacion castellana ascendia ya á doce mil almas; y al efecto desterró á cuantos practicaban acciones contrarias á las buenas costumbres, siguiendo en esto una política distinta á la que habia observado el grande almirante. No por eso dejó de consentir los abusos de algunos cortesanos, que habiendo perdido la esperanza de alcanzar mercedes en España, obtuvieron de la munificencia real la asignacion de algunos indios en la Española, unos con el objeto de establecerse en ella, y otros para confiar la administracion de los nuevos esclavos á los sirvientes de sus casas: estos abusos fueron el orígen del vicioso sistema de colonizacion en el Nuevo Mundo. En este tiempo ocupaba la atencion general la explotacion de las minas, cuyo trabajo se habia confiado á la semi-esclavitud de los indígenas: las fundiciones de cada año, segun el cronista Herrera, producian cuatrocientos sesenta mil pesos de oro. Con el objeto de que disfrutasen los indígenas de las Lucayas de la predicacion del cristianismo, aunque mas bien pudo ser para mayor aumento de los intereses coloniales, se empezaron á trasportar á la Española algunos centenares de ellos, cuya sencillez se prestó fácilmente á las engañosas promesas del pueblo conquistador: de suerte que en menos de cinco años ascendió la emigracion á cuarenta mil almas.

Entre tanto Juan Díaz de Solís y Vicente Yañez Pinzon, uno de los capitanes que sirvieron á Colon en su primer viage, habian formado el proyecto de proseguir el camino de los descubrimientos en las costas del continente. En efecto, habiendo navegado hácia el occidente de la Guayana, reconocieron la ensenada ó bahía de Yucatan, como tambien una gran parte de las costas de esta península; pero las ideas que pudieron concebir acerca de las riquezas de estas tierras, no fueron ciertamente tan risueñas como las que concibió el descubridor de Nueva-España; porque hasta entonces no hubo nadie que continuase la obra comenzada.

La isla de Cuba, descubierta por Cristóbal Colon en 1492, permaneció mucho tiempo desconocida al gobierno español, á pesar de su inmediacion á la isla de Santo Domingo. Confundiéndola el almirante unas veces con la famosa *Cimpango* y otras con la China, formó en su acalorada imaginacion grandes y engañosos proyectos; pero la muerte le sorprendió sin que hubiera podido navegar por toda la extension de sus hermosas playas. Cuando regresó de Nápoles el rey Don Fernando, estrañando que nada se hubiera hecho en favor de aquella isla, libró órdenes á Nicolás de Ovando para que se hiciera de una vez su descubrimiento. El capitan Sebastian de Ocampo, que tomó á su cargo el desempeño de esta comision, salió del puerto de Santo Domingo á principios de este año, navegó á lo largo de las costas septentrionales de Cuba, deteniéndose durante el tránsito en muchos y muy regulares puertos; dió carena á sus buques en el conocido hoy con el nombre de la Habana, el cual fué llamado por mucho tiempo el puerto de Carenas; dobló el cabo de San Antonio que está situado en el estremo occidental de la isla; tomó hácia el oriente por las costas meridionales, y regresó á la Española á los ocho meses de navegacion. Durante el tiempo que permaneció en el puerto de Jagua, uno de los mejores de la isla, pudo formarse muy buen concepto de sus sencillos naturales por el cumplido recibimiento que mereció de ellos. Hecho el descubrimiento de las costas de Cuba, no se pensó ya en los dorados sueños del grande almirante.

El teniente gobernador de la provincia de Higuey, Juan Ponce de Leon, habiéndose informado del mucho oro que contenia la isla de *Boriquen*, descubierta por Colon en 1493, obtuvo permiso del comendador Ovando para inquirir personalmente la verdad de esta noticia, é instruirse del carácter y costumbres de sus habitantes. Emprendió el viage con algunos castellanos y varios indígenas prácticos; desembarcó en la provincia que obedecia al cacique Agueibaná, el señor mas poderoso de la isla, y cuya hospitalidad se hizo bastante recomendable á sus ojos; recorrió en compañía del cacique los principales rios del territorio, donde descubrió entre otros los de Manatuabon y Cebuco, que produjeron con el tiempo mucha riqueza á la corona de Castilla; y antes de su partida de esta isla, á la que nombró San Juan de Puerto-Rico, dejó establecida en ella una colonia de españoles, que recibieron el mejor acogimiento en los primeros dias de la conquista. Esta isla, en su mayor parte montañosa, ostenta una vegetacion tan rica como la de Cuba y Haití, comprende cincuenta y siete leguas de extension y catorce de anchura; y segun el parecer de algunos historiadores, contaba con una poblacion de seiscientas mil almas, á quienes hostilizaban continuamente los caríbes de las islas inmediatas.

Don Diego Colon, primogénito y heredero del almirante, desde que el rey católico regresó de Nápoles, no habia cesado un momento de reclamarle la restitucion de los privilegios de su padre, puesto que se le habia despojado sin causa alguna legítima. Pero el temor que Fernando habia concebido sobre la concesion de ellos, se presenta-

ba como poderoso obstáculo al cumplimiento de sus deseos, pues el rey creia poco prudente confiar á un solo individuo tanto poder en lejanas tierras. En tal estado obtuvo permiso para representar sus derechos ante los tribunales de la nacion; pero no era por cierto el mas fácil y prudente camino para la consecusion de sus deseos, porque en España habia un partido contrario al nombre de Colon, y que trabajaba sordamente para separarlo de los favores del trono. Lo que hubiera sido dificil por medio de largos y embrollados trámites judiciales, pudo conseguirlo hasta cierto punto el matrimonio que contrajo Don Diego con Doña María de Toledo, hija del duque de Alva, personage bastante distinguido por su nacimiento y servicios hechos durante la ausencia del rey en Nápoles. El noble duque, deseoso de favorecer las intenciones de su yerno, hizo repetidas súplicas al católico Fernando, cuyo ánimo se resolvió á concederle únicamente los títulos de almirante y gobernador de las Indias, dejando á salvo la declaracion que hicieran los tribunales sobre la justicia de sus derechos.

El 29 de Octubre de este año expidió una real provision confiriendo á Don Diego el nombramiento para aquel gobierno, aunque sus poderes se limitaban á los que habian sido concedidos á Francisco Bobadilla y Nicolás de Ovando: á principios de Diciembre escribió á los oficiales de la Casa de Contratacion de Sevilla, disponiendo que de las exportaciones é importaciones de las Indias que tuviesen relacion con los intereses del almirante, como tambien de las que hubieran tenido efecto en años pasados, se diese cuenta y razon á quien Don Diego confiriese su poder para ello: por otra real cédula dispuso (13 de Diciembre) que los oficiales de la Casa de Contratacion tuvieran presente cuanto se habia observado con Nicolás de Ovando en su pasage á las Indias, para que se hiciese lo mismo con el almirante sin omitir cosa alguna; y por último, á solicitud del mismo Don Diego, expidió la siguiente cédula: „Porque podria ser que „por Yo no ser bien informado, mande despachar algunas cartas „para las Indias en cosa que viniese perjuicio á nuestro servicio, Yo „os mando que veais las tales cartas y las obedezcais, y en cuanto „al cumplimiento nos lo hagais luego saber, para que sobre ello os „envie á mandar lo que se haga. Pero en recibiendo nuestro segun„do mandado, obedecedlas y cumplidlas enteramente como os lo en„viare á mandar, sin poner en ello dilacion alguna." El nuevo almirante tuvo á bien solicitar esta real cédula, porque sabia que los privados del rey habian de procurar sorprender á cada paso su confiado ánimo, para arrancarle algunas concesiones en perjuicio de los intereses de ultramar. La energía con que se manejó Nicolás de Ovando en contra de semejantes abusos, contribuyó sobremanera á que fuese de tan corta duracion el periodo de su gobierno: aunque si hubiera sido dado á la Católica Isabel prorogar el término de su vida, habria sido depuesto del gobierno de la Española desde 1504;

porque sus muchas crueldades para con los indígenas habian disgustado ya el piadoso ánimo de aquella princesa.

Don Diego Colon partió para Sevilla en compañía de su esposa, de su hermano Don Fernando, de sus dos tios Don Bartolomé y Don Diego, y otros nobles personages de la córte. Nombró para su alcalde mayor al Lic. Marcos de Aguilar, persona esperimentada en los negocios judiciales, y que gozaba de una reputacion bastante buena en España. El nuevo almirante recibió instrucciones por escrito para el buen gobierno de la Española: ellas se hallaban concebidas de un modo favorable al bienestar de los indígenas, cuya conversion al cristianismo excitaba vehementes deseos en el corazon del monarca; porque en su nombre se habia justificado el derecho de conquista á fuerza armada. Se le recomendaba sobretodo la buena asistencia de las iglesias y hospitales, el aumento de poblaciones y fortalezas, la cumplida administracion de justicia en los negocios del fisco y particulares, la exacta observancia de las buenas costumbres en todas las clases de la sociedad, el cumplimiento del sacerdocio en los deberes de su ministerio, el buen tratamiento de los caciques é indígenas de la isla, y que se tomase el mayor empeño porque fuesen desterradas sus antiguas fiestas y ceremonias. Se le encargó que tuviera mucha vigilancia sobre la prohibicion que tenian los isleños de vender sus heredades á colonos españoles, á menos que las ventas se hicieran en el justo precio de su valor: tampoco debia consentir que nadie empeñase ni prestase á los indígenas ninguna arma ofensiva ni defensiva, ni permitir la colonizacion extrangera en el territorio de las islas. Siendo la explotacion de las minas, cuya mitad de utilidades pertenecia al católico soberano, el principal interés en los trabajos de las Indias, se encargó á el almirante mucha diligencia en proveer todo lo necesario para el fomento de ellas, como tambien la no permision de fraudes en las casas de fundiciones. Las anteriores instrucciones encerraban muy buenos principios para el régimen administrativo del gobierno espiritual y civil; porque seria pedir demasiado al siglo que fué testigo de los descubrimientos de la América, la realizacion de unas doctrinas que no conoció, y que los siglos posteriores han arrancado del profundo seno de la ciencia económico-política. El soberano de Aragon, al mismo tiempo que queria despojar las tierras del nuevo mundo de sus inagotables riquezas, cuyos medios de explotacion no le fué dado comprender en sus justos límites, no descuidaba por eso de reformar las costumbres de los indígenas, y fué muy solícito en promulgar leyes que los defendiesen contra las crueldades de algunos europeos. Si el tiránico sistema de los *repartimientos* se conservó durante el periodo de su reinado, las únicas causas que pudieron justificarlo ante su inteligencia y buena fé, no fueron otras sino la mas fácil reforma de costumbres y conversion al cristianismo de los indígenas. Si no siempre llenaron los gobernadores las filantró-

picas intenciones del trono, se debió no solo á la gran distancia de las posesiones de ultramar, sino tambien á las intrigas de muchos cortesanos.

Don Diego Colon toma posesion del gobierno de la Española: colonizacion de la isla de Jamaica (1509). El almirante llegó á Santo Domingo en el mes de julio de este año: los habitantes de la isla lo recibieron con fiestas públicas, y muchos de ellos mostraron sentimiento al recordar los agravios hechos al gran Colon. En seguida procedió á tomar residencia á Nicolás de Ovando y á sus alcaldes mayores. El primero partió para Castilla en el mes de setiembre; y aunque se hallaba todavia de presidente del Consejo Don Alvaro de Portugal, cuyo corazon habia llenado de indignacion el frio é inhumano asesinato de la reina Anacaona, como hemos dicho anteriormente, no por eso experimentó el justo castigo de sus reprobados procedimientos. A los pocos dias de haberse ausentado de la Española, algunos individuos le formaron capítulos sobre abusos cometidos durante el periodo de su gobierno; pero no tuvieron efecto por haberse intentado despues de los treinta dias de publicada la residencia.

La isla de Jamaica, descubierta por Cristóbal Colon en 1494, habia permanecido mucho tiempo indiferente á la conquista de los españoles; pero Don Diego quiso señalar los primeros dias de su gobierno con la sumision de los habitantes de ella, en cuyas playas su augusto padre habia encontrado hospitalaria acogida en 1503. Juan de Esquivel la ocupó este año á la cabeza de setenta aguerridos castellanos, y luego se propuso formar en ella la primer colonia europea. Los caciques se armaron en favor de su libertad amenazada; pero habiendo vencido y ahorcado á los principales de ellos, logró someter toda la isla bajo el yugo de la obediencia. En seguida comenzó á dedicar el ánimo de los naturales al cultivo del algodon, cuyo producto parecia ser el mas privilegiado del pais. Los isleños de Jamaica, aunque muy semejantes en costumbres á los otros, dieron pruebas de mayor valentía que los de la Española y Cuba.

Expedicion de Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa á Tierra-firme (1510). En esta época se pensó sériamente en la formacion de un establecimiento permanente en las costas de la Tierrafirme. Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa tomaron á su cargo llevar á efecto dicha expedicion: el primero se habia hecho ya notable por su arriesgado espíritu y carácter emprendedor; y el segundo no tenia otros méritos que ser noble y rico propietario de la isla de Santo Domingo. El monarca español confirió á Ojeda el gobierno de la region comprendida entre el cabo de Vela hasta el golfo de Darien, y nombró á Nicuesa por gobernador de la que se extiende desde dicho golfo hasta el cabo de Gracias á Dios. Ambos obtuvieron las mas ámplias facultades para reducir los indígenas á

una desapiadada esclavitud, siempre que no quisiesen abrazar la fé católica y someterse al yugo de la nacion conquistadora. La armada se hallaba tripulada con dos mil hombres entre españoles é indígenas. Los aventureros se hicieron á la vela con direccion á Veragua; pero la tenacidad de los costafirmeños, las tempestades y otros accidentes, el hambre y las saetas enemigas acabaron con la mayor parte de la gente expedicionaria: de suerte que despues de una cadena de funestos acontecimientos, se formó una pequeña colonia en Santa Maria la Antigua al mando de Nuñez de Balboa. El famoso Francisco Pizarro tomó parte en esta expedicion.

Colonizacion de San Juan de Puerto-Rico: colonizacion de la isla de Cuba (1511). El almirante gobernaba á Santo Domingo con aprobacion de los buenos castellanos, que veian en sus determinaciones gubernativas realizadas las intenciones de la metrópoli; pero el obispo Fonseca y Lope Conchillos, secretario del rey, que eran contrarios á la familia de Colon, no perdian ocasion de indisponer la voluntad de aquel contra su nuevo almirante. A consecuencia de esto, al poco tiempo se formaron en la Española dos partidos: uno capitaneado por el tesorero Miguel de Pasamonte, que servia de instrumento á las ruines maquinaciones del obispo; y el otro se componia de los honrados favorecedores del almirante, á quien se queria atribuir el proyecto de alzarse contra su soberano. Entretanto Don Diego, cuyo noble y franco carácter lo ponia al abrigo de cualquier sospecha, continuaba promoviendo en favor de los intereses coloniales cuanto le parecia necesario y útil. Las reales cédulas que eran debidas al favoritismo de los cortesanos, no las cumplia hasta esperar la segunda órden, conforme se le habia autorizado en sus instrucciones. Esta enérgica conducta encendió muy pronto en la córte el ódio de sus enemigos, que consiguieron del rey en este año el establecimiento de un tribunal superior, al cual se apelase de las providencias del almirante y sus alcaldes mayores.

Los negocios de Indias se miraban cada vez con mayor entusiasmo: en el pueblo español habia cundido sobremanera el espíritu de los descubrimientos, ó la ambicion de adquirir riquezas poniendo á contribucion el trabajo de los indígenas; aunque algunos veian tambien un campo abierto á sus deseos de gloria, donde el valor y la lealtad del siglo podian añadir nuevos laureles á la rica corona de Castilla. A mas de haberse multiplicado en la Española el uso de los *repartimientos*, se introdujeron en ella cincuenta negros esclavos, cuya raza ha sido despues muy funesta al porvenir de las Antillas: se prohibió al mismo tiempo la emigracion forzada de los indígenas pertenecientes á las otras islas, á menos que se hallasen en estado de guerra. Esta excepcion dió lugar á innumerables abusos; porque algunos navegantes los molestaban en sus pacífi-

cas poblaciones, y los arrastraban hasta la Española so pretesto de haber hecho armas contra ellos.

Don Diego habia nombrado gobernador de Puerto-Rico al caballero Juan Ceron, á fin de que continuase la obra de la conquista en esta isla; pero los enemigos de la gloria de su padre, que no desperdiciaban la ocasion de contrariar sus providencias, representaron al rey los buenos servicios que habia prestado Juan Ponce de Leon, cuando se hizo el reconocimiento de la isla, y consiguieron al fin que se le diese el gobierno de ella: esta providencia hirió profundamente el amor propio de Don Diego; pues no se le escondia la mano oculta que intrigaba contra él al rededor del trono. Valiéndose Juan Ponce de Leon de frívolos pretextos, cuando se encontró en plena posesion de su gobierno, mandó aprender á su antecesor y lo envió á Castilla bajo partida de registro; pero no tardó en volver libre y con mercedes del rey á la Española. Ponce de Leon fundó en seguida una poblacion castellana al norte de la isla, con el objeto de poner en obra la explotacion de las minas de oro; pero apenas comprendieron los indios lo gravoso del sistema de los repartimientos, cuando sintiéndose heridos en los derechos de su libertad é independencia, formaron el plan de acabar en un solo dia con los conquistadores europeos. La fortuna no correspondió á sus deseos; pues habiendo derrotado los castellanos sus ejércitos en multitud de combates, lograron domar al fin el heroismo de los habitantes del pais. En posesion tranquila de la isla, todavia tuvieron que lidiar por mucho tiempo con los caribes de las islas inmediatas, los cuales invadian continuamente las costas, cargando con los indefensos indígenas para saciar su apetito de comer carne humana. Por una parte los caribes y por otra las crueldades del pueblo conquistador, exterminaron en breve tiempo la numerosa poblacion de esta isla. Juan Ponce de Leon, además de llevar á cabo esta conquista, tuvo la gloria de distinguirse el siguiente año con el descubrimiento de la Florida, de cuya provincia nos ocuparémos en la historia de los Estados-Unidos.

Viendo Don Diego Colon que las minas de oro empezaban á disminuir en la Española, se propuso llevar á cabo la completa ocupacion de la isla de Cuba, cuyos tímidos habitantes no debian oponer obstinada resistencia á las armas españolas. El capitan Diego Velazquez, muy conocido ya por sus antecedentes militares, mereció su confianza para el buen éxito de esta empresa; y habiendo reunido la fuerza de trescientos hombres en la villa de Salvatierra de Zabana, donde disfrutaba el prestigio debido á su autoridad, marchó al frente de ellos con direccion á las playas de Cuba. El capitan Velazquez habria encontrado muy poca resistencia en esta isla, si el cacique Hatuey, que huyó de la Española al sentirse agoviado por las crueldades del pueblo conquistador, no hubiese reclamado de sus habitantes contra ellos el sostenimiento de

la independencia y libertad, pintándoselos como vasallos vendidos á la codicia del oro. El cacique Hatuey juntó su gente en la provincia de Maicí, donde se encuentra la punta del mismo nombre, y se preparó á resistir el ímpetu guerrero de los colonos de Europa. A pesar de que el encuentro fué sostenido con valentía, correspondió muy mal á los deseos del cacique; pues habiendo caido prisionero de guerra, el gefe español dió la inhumana órden de que se le quemase vivo: horrible castigo que infundió un pánico terror en el espíritu de la raza conquistada.

Pánfilo de Narvaez, á la cabeza de treinta buenos flecheros, habia acudido desde Jamaica á Cuba en auxilio de Diego Velazquez. Habiendo recibido el nombramiento de teniente, marchó en seguida á recorrer algunas provincias del pais, en las cuales no encontró séria y formal resistencia, excepto una sorpresa que le dieron en tierra de Bayamo por su descuido y abandono. El Padre Las-Casas, que acompañó á Narvaez en esta expedicion, templó muchas veces las crueles intenciones de los aventureros españoles. Cuando el capitan Velazquez recibió el nombramiento de gobernador, fundó varias colonias que han trasmitido sus nombres á las principales poblaciones que existen hoy en Cuba, eligiendo para su residencia la ciudad de Santiago, antigua capital de la isla. Aunque los indígenas no habian admitido gustosos el yugo de la dominacion extrangera, lejos de buscar en las armas una defensa á sus derechos, encontraron mil veces en el suicidio un remedio para la cesacion de sus males civiles y políticos.

La crueldad de los europeos encontró un vasto campo en esta isla; pues á fines del siglo XVI, segun el cálculo mas probable, habian ya desaparecido de ella sus primitivos habitantes, cuyo número era muy crecido en los primeros dias de su conquista. La raza africana, vendida á la codicia europea como un género de comercio, fué consagrada desde un principio á los pesados trabajos del campo con el sello de la esclavitud. En 1521 se introdujeron por primera vez en su parte oriental trescientos negros; y desde esa época hasta 1825, segun opinion del baron de Humboldt, se trasportaron de Africa el considerable número de cuatrocientos trece mil quinientos esclavos negros. Esta infeliz raza, sin la conciencia de su libertad y derechos, además de ofrecer á la civilizacion de Cuba el triste espectáculo de su miseria y abatimiento, ha destruido en el pensamiento de los amantes de una libertad moderada, la idea de conseguir para ella los mismos derechos políticos que disfruta la metrópoli española.

Regreso de Don Diego Colon á Castilla: descubrimiento del rio de la Plata (1514 á 1515). Las intrigas de la córte tomaban cada dia mayor incremento. Habiendo recibido Rodrigo de Alburquerque el nombramiento de repartidor de indios, cuyo oficio habia formado siempre parte de las atribuciones del gobernador, el almi-